

# La clínica del estrago en la relación madre-hija y la forclusión de lo femenino en la estructura

MEGDY DAVID ZAWADY \*

Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina



**La clínica del estrago en la relación madre-hija y la forclusión de lo femenino en la estructura**

El estrago materno es una problemática estructural que presenta una tenacidad especial en la relación madre-hija. Para explicar este fenómeno, Freud investiga en la intensa ambivalencia propia de la relación preedípica con la madre, mientras que Lacan equipara el deseo materno a la boca de un cocodrilo presto a devorar al niño, de no ser por la intervención paterna. El problema clínico alude a la búsqueda en la madre de un significante ausente en la estructura, el de lo femenino, allí donde el padre se revela insuficiente. Pero la insuficiencia del padre no es la excepción sino la regla que hace síntoma.

**Palabras clave:** estrago materno, feminidad, ligazón-madre, relación madre-hija, superyó materno.

**Le ravage maternel aux rapports mère-fille et la forclusion du féminin dans la structure**

Le ravage maternel est une question structurelle mais dont une spéciale ténacité est patente aux rapports mère-fille. Freud en examine la forte ambivalence dans les rapports préœdipiens avec la mère pour tenter une explication à ce phénomène; Lacan en fait du désir maternel une gueule de crocodile prêt à dévorer l'enfant, si jamais le père n'intervenait. La question clinique a à voir avec le manque dans la mère d'un signifiant absent dans la structure, celui du féminin, là où le père se montre insuffisant. Mais l'insuffisance du père ne fait pas exception à la règle mais symptôme.

**Mots-clés:** féminité, liaison mère, rapports mère-fille, ravage maternel, surmoi maternel.

**The clinical process of ravages in mother-daughter relationships and the foreclosure of the feminine**

Maternal ravages are a structural problem that reveals a special tenacity in mother-daughter relationships. To explain this phenomenon, Freud investigated the intense ambivalence typical in the pre-Oedipal relationship with the mother, while Lacan compared maternal desire to an open crocodile's mouth, ready to devour her child if it weren't for paternal intervention. This clinical problem alludes to the search, in the mother, for a signifier that is absent in the structure—the feminine—there where the father shows himself to be insufficient. But the father's insufficiency is not the exception, but rather the rule that makes a symptom.

**Keywords:** femininity, maternal ravages, maternal superego, mother-as-link, mother-daughter relationships.

\* e-mail: megdy.zawady@gmail.com

“Una madre y una hija. Qué combinación terrible de emociones, confusión y destrucción. Todo es posible, y se hará en nombre del amor. La hija heredará las heridas de la madre. La hija sufrirá los fracasos de la madre. La infelicidad de la madre será la infelicidad de la hija. Como si el cordón umbilical jamás se hubiese cortado... Mamá, ¿es la infelicidad de la hija el triunfo de la madre? Mamá, ¿es mi dolor tu placer secreto?”<sup>1</sup>.



#### INTRODUCCIÓN A LA PROBLEMÁTICA DEL ESTRAGO MATERNO Y LA INSUFICIENCIA DEL PADRE COMO SÍNTOMA

**D**el estrago materno se tiene noticia de manera indefectible en el recorrido de un análisis. El analizante relata y, las más de las veces, reprocha en relación a los puntos de exceso o defecto, experimentados en su relación con el deseo materno. La madre se revela como un Otro primordial que inscribe, a fuego, significantes en el cuerpo del ser hablante, marcas arcaicas y oraculares que hacen insignia y configuran modos de gozar. La insensatez —en ocasiones indialectizable— de dichas marcas revela su matiz mortífero en el empuje al goce superyoico, allí donde la insuficiencia del padre simbólico no es la excepción, sino la regla que hace síntoma.

Si bien la relación con el Otro materno no es tipificable del todo, ya que su singularidad se revela clínicamente caso por caso, puede decirse que sus distintas modalidades remiten a aquello que Freud vislumbra como una ligazón prehistórica e hiper-intensa con la *madre nutricia*. Dicha intensidad puede explicarse en un hecho de estructura: la primera verdad de goce del sujeto, es la de haber sido objeto en el deseo materno. Por esta razón, Lacan equipara el deseo de la madre a las fauces abiertas de un cocodrilo, que pueden cerrarse intempestivamente sobre el niño, si es que no interviene el padre como punto de detención, esto es, una suerte de palo que impida que dicha boca se cierre, prohibiendo a la madre reintegrar su producto. Introduce entonces el término “estrago” —*ravage*— para referirse a las consecuencias de la relación primordial con el Otro materno en la constitución del sujeto.

1. Extraído del monólogo de Eva, dirigido a su madre Charlotte, en el filme sueco de 1978 *Höstsonaten* —Sonata de otoño—, escrito y dirigido por Ingmar Bergman.

Es preciso señalar que las resonancias semánticas de dicha palabra en el castellano, son de una pertinencia clínica notable. De acuerdo con el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española<sup>2</sup>, *estrago* significa “ruina, daño, asolamiento”; el diccionario de María Moliner<sup>3</sup> agrega que se trata de un “destrozo o daño muy grande causado por una acción natural destructora”, y que dicho daño puede ser “no material”. La paradoja sobre la que se hará hincapié, es que la forma verbal “causar o hacer estragos” significa *provocar una fuerte atracción o una gran admiración entre un grupo de personas*.

El término *estrago* introduce, entonces, un campo semántico teñido de gran ambivalencia. Al ser referido a la madre, alude al efecto de fascinación que genera la impronta de su omnipotencia en los primeros años de vida, como si se tratase de la captura o del arrebato que sufre el espectador al observar al actor. Al mismo tiempo, la referencia a la devastación, remite a las marcas voraces de dicha fascinación en el sujeto.

Teniendo como marco esta ambivalencia paradójica y fundante, es posible afirmar que la relación devastadora que se establece con el deseo de la madre convierte a la problemática del *estrago* en un asunto concerniente a todo sujeto hablante. Más allá de la sexuación y de la estructura misma, es rastreable en sus singularidades, tanto en sujetos neuróticos, como psicóticos y perversos<sup>4</sup>. No obstante lo anterior, es una evidencia clínica que el *estrago* materno es padecido con una particular intensidad por el sujeto femenino, quien, en su novela familiar, da cuenta de una complejidad inédita y pertinaz, implícita en la relación madre-hija, y difícilmente equiparable a la de otro tipo de relación humana.

En el presente trabajo intentaré dar cuenta de la problemática teórica y clínica del *estrago* materno, es decir, de la voracidad estructural que representa el deseo de la madre en la subjetividad, y de la tenacidad que toma esta en la relación madre-hija, como algo que ha de ser llevado al terreno del síntoma en el análisis.

Elecciones de pareja tormentosas, una gran proclividad a las perturbaciones del acto —*acting out* y pasaje al acto— y, en ocasiones fenómenos de apariencia psicótica —trastornos alucinatorios donde se muestra el retorno en lo real de la forclusión de lo femenino—, dan testimonio de la problemática clásica del *estrago*. En la contemporaneidad, este complejo se acompaña, además, de una proliferación de los denominados desórdenes de la alimentación. Anorexia y bulimia revelan posiciones subjetivas frente a las cualidades del deseo materno, cuyo enigma no es soluble del todo por la respuesta que el padre está llamado a proveer.

2. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, vigésima segunda edición. Disponible en <http://www.rae.es>. 20/05/2012.
3. María Moliner, *Diccionario de uso del español* (2009), 3.ª ed. Madrid: Gredos S. A. Versión DVD.
4. Desde esta perspectiva es posible arrojar una luz, al menos parcial, sobre ciertas presentaciones sintomáticas clásicas como la degradación de la vida amorosa y la inhibición para el acto en la neurosis obsesiva, la celotipia y la locura amorosa en la histeria, la invasión de goce en el cuerpo en las psicosis, y la forma transgresiva que toma el deseo jugado como voluntad de goce en las perversiones.

## Una viñeta clínica para entrar en materia

“Diana”, de 25 años solicita análisis movilizada por tres malestares —aparentemente desarticulados— que le han conducido a un cese en sus ganas de vivir. El primero, una intensa hostilidad hacia su madrastra, recreada a través de fantasías de asesinato que la hacen dudar sobre un posible impulso homicida; con ella sostiene discusiones que retornan bajo la forma de diversos síntomas en el cuerpo, terrores nocturnos y ataques de pánico. El segundo, atracones incontrolables de ingesta de comida, que culminan en una necesidad imperiosa de vomitar. Y el tercero, una dificultad en su relación con los hombres: el acto sexual es insoportable y se ejecuta por obligación.

Pronto descubriremos que las tres temáticas están estrechamente relacionadas: la madrastra es en realidad la figura más representativa en un conjunto de otros que piden de ella el todo sin dar nada a cambio, lo cual se reproduce en su relación con todas sus amigas mujeres, y con todos los hombres que tienen intenciones sexuales para con ella. Diana no puede poner un freno a las demandas, y para poder soportarlas y cumplirlas recurre a la “bulimia”: debe primero atracarse de comida, para, después, presa de la culpa y del asco, vomitarlo todo en la búsqueda de alivio. “Cuando tengo que asistir al otro es como si no me importara lo que pueda pasar conmigo, es como si necesitara lastimarme”.

Diana construye una novela familiar. Nacida en la ciudad de Misiones, ubica a los 3 años la separación de sus padres y la partida del padre a Buenos Aires. Tarotista de oficio, y más ocupada en relaciones de pareja con hombres violentos que en sus dos hijas, la madre será, pronto, vinculada a los terrores nocturnos y al pánico. Diana sitúa que a la madre le resultaba insoportable la maternidad, al punto que cuando ella tenía 7 años, decide enviarlas a vivir con el padre para olvidarse de ellas durante años. La madre reaparece pues Diana emprende su búsqueda y, desde entonces, se comunica solo para solicitar ayuda económica, pedido al que ella accede obedientemente. En ocasiones se cuestiona por la razón del deber de ayudarla, pero ni bien plantea su duda a la madre, esta vocifera autolamentaciones que hacen que Diana apacigüe su reproche con el objeto de no hacerla sentir culpable.

Recuerda que, si bien, en su momento, no quiso mudarse a la capital, rápidamente se acostumbró a su nueva vida; la mujer de su padre le resultó en principio muy simpática. Con la metamorfosis de la pubertad, se convenció de que la madrastra no la quería por rehusarse a hacer de mucama para sus hijos. Debido a esto, se genera una tensión hostil

entre ellas, materializada en frases descalificadoras, en una notoria diferencia que ubica a Diana en el lugar de la excepción —la única a la que no le prepara la comida ni un lugar en la mesa—, y en una intensa rivalidad especular y competencia respecto del lugar femenino: la madrastra busca vestirse como ella, hacerse sus mismos cortes de cabello, incluso llega a pedirle ropa prestada para después no devolvérsela, diciéndole que era suya y que no hubo préstamo alguno.

La competencia es también por el lugar frente al padre, quien nunca interviene del modo en que Diana lo esperaría: toma partido por su mujer, aun cuando sea evidente que no tiene razón. “Él no me va a querer a mí” será su manera de sostener un amor al padre, siempre negado para ella. Esta primera versión del padre se termina amalgamando con la serie de la madre y la madrastra, como alguien que siempre la descuidó y la abandonó a su suerte, que nunca le puso límites, pero que, paradójicamente, cada vez que tuvo un emprendimiento propio —como mudarse sola, o iniciar negocios o estudios— le auguró el fracaso diciéndole “como mucho te va a durar tres meses”. Frase oracular que ella cumple como un mandato a rajatabla: todos sus proyectos culminan a los tres meses de haberse iniciado, viéndose obligada a retornar a una situación de dependencia.

Diana había emprendido una carrera universitaria contraponiéndose al mandato. Había abierto también un negocio de venta de ventanas de aluminio, pocas semanas antes de iniciar entrevistas conmigo. No puede precisar la razón por la cual se decidió por este negocio, pues de ventanas de aluminio no sabe absolutamente nada. Al decirle que es quizás un intento por construir una ventana desde la cual mirarse, se sorprende y me dice que no tolera verse al espejo, pues le perturba la imagen de su cuerpo: no se siente mujer y, mucho menos, atractiva.

Tras unas semanas de entrevistas, un día me llama angustiada pues no deja de pensar en el suicidio. Ese mismo día acude a sesión a contarme que al hacer un balance de cuentas de su negocio, se dio cuenta de que estaba en déficit y lo tenía que cerrar. Al convencerse de esto había pensado en matarse, pero al confrontarse a su incapacidad para pasar al acto, se le ocurrió que la mejor solución sería irse de su casa y volver a vivir a Misiones con la madre. Proyecta trabajar para ayudar a la madre, y volver a reunir dinero para, eventualmente, arrancar con algo propio.

Ante mis cuestionamientos, reconoce que en gran parte el déficit de su negocio obedece a un descuido de su parte, pues no lo abre cuando se siente deprimida —es decir, la



mayor parte del tiempo— pero de cualquier modo reivindica su idea de cerrarlo, pues ya no sabe si quiere tenerlo. Tampoco sabe si quiere seguir estudiando, pues ya no tiene ganas de nada. Al interrogarla por el tiempo transcurrido desde la apertura del negocio, me contesta, con sorpresa, que fue hace justo tres meses.

Le señalo severamente la relación entre el mandato paterno y el aparente déficit del que se percata justo a los tres meses: no se trata de una casualidad. Dice que ya es demasiado tarde y que, igualmente, le urge salir de su casa, pues ya no puede soportar más estar allí. Afirma hacer todo lo posible para no escuchar lo que le dicen, pero sus intentos fracasan. Exclamo que es evidente que no está haciendo todo lo posible, y con sarcasmo afirmo que es imposible que un negocio que permanece cerrado la mayor parte del tiempo derive en grandes éxitos. Le prohíbo, entonces, rotundamente, cerrar el local, planteo como un imperativo que este dure más de tres meses, no sin antes señalarle lo llamativa que resulta su ocurrencia de que la solución sea justamente abandonar lo único que, le he escuchado, representa para ella un deseo propio —sus estudios y su negocio—, para retornar al seno de aquella mujer que la abandonó durante tantos años. Descolocada por mi falta de conmiseración, sale de aquella sesión del consultorio mostrando un gran enojo.

Me serviré de este material para situar las coordenadas de la problemática planteada; más tarde ampliaré algunos puntos del caso y de la dirección de la cura, para dar cuenta del modo en que el estrago materno accede a la dimensión del síntoma en relación a la pregunta por lo femenino, puesta en forma en el análisis.

### **LAS OSCURIDADES DE LA “MADRE NUTRICIA” EN LA TEORÍA FREUDIANA**

Ya en su “Proyecto de psicología”, Freud adjudica a la madre un lugar primordial, originario y prehistórico en la constitución del aparato psíquico. La teoría de la primera vivencia de satisfacción, da cuenta del modo en que el recién nacido, sometido al apremio de las grandes necesidades como el hambre, ha de ser alojado por el cuidado ajeno para acceder a la dimensión de lo vital. La madre mítica, no solamente se erige como un Otro omnipotente, capaz de dar respuesta a las tensiones orgánicas del recién nacido, sino que, además, en esa dialéctica, inscribe las huellas mnémicas que orientarán al surgimiento del deseo en relación al objeto originariamente perdido, así como la añoranza de la satisfacción primaria, imaginarizada como plena y absoluta.

Debido a su prematuración biológica, el recién nacido se encuentra en un estado de indefensión o desamparo absoluto —*Hilflosigkeit*—, al que solo se retornará

posteriormente en accidentes relacionados con el desequilibrio económico que implican las experiencias de terror sorpresivo, o de *angustia automática*, tal y como sucede en la sintomatología de los ataques de pánico. En el caso presentado se muestra el modo en que el sujeto retorna al estado de indefensión respecto de un Otro materno a quien atribuye el poder absoluto, terrorífico y persecutorio, de arrasarlo con el deseo. El desamparo es fantasmático a través de las experiencias del abandono materno, convirtiéndose en la lupa desde la cual Diana se relacionará con el padre y su mujer: abandonada a su suerte y presa solitaria del terror.

En “La interpretación de los sueños” Freud ubica a la experiencia del desamparo como una consecuencia de la incapacidad del lactante para suprimir por sí mismo las tensiones endógenas a través de acciones acordes con el fin; un factor biológico que sella en el hombre para siempre la *necesidad de ser amado*. La madre toma un rol omnipotente, pues de ella depende la permanente oscilación entre el desamparo y las futuras experiencias de satisfacción, siempre parciales respecto de la vivencia original. Este contraste entre la vida y la muerte, evidencia que el surgimiento del deseo y la pretensión a recuperar el goce perdido míticamente, están ligados a las vicisitudes de la función materna.

En este sentido, en “Introducción del narcisismo”, Freud ubica a la *madre nutricia* como un objeto libidinal anaclítico, es decir, elegido por apuntalamiento o apoyo en su rol en la satisfacción de las necesidades orgánicas del lactante. La formulación es una consecuencia lógica de los planteamientos de sus “Tres ensayos de teoría sexual”, donde da cuenta del modo en que la madre erogeniza el cuerpo pulsional del niño.

En la fase oral-canibálica, el niño se encuentra en dependencia absoluta respecto de la madre nutricia, quien posibilita el surgimiento de la meta de incorporación del objeto. La satisfacción oral es el punto de anclaje para la libidinización de la función nutricia, puesta en cuestión radicalmente en los trastornos de la alimentación. En la fase sádico-anal, la madre presenta la demanda de incorporación de la norma educativa en relación al objeto anal, constituyendo, de este modo, la dialéctica del don y el regalo. El placer de retener y expulsar, y la relación ambivalente con el objeto anal, confusamente interdicto, permitirá el anclaje de la posición frente al pedido materno, sea esta la obediencia o la oposición. Ahora bien, tal y como Freud lo plantea en “La organización genital infantil”, es en el marco de la fase fálica donde la imago materna sufre una transformación radical, pues allí se desencadena el florecimiento del drama edípico y del complejo de castración. El pasaje de la premisa universal del falo al reconocimiento de la diferencia sexual, encuentra su punto de clímax cuando el niño se ve confrontado a la aceptación de la castración materna.



En el caso de Diana, pueden ubicarse estas coordenadas. La fenomenología bulímica-anoréxica se perfila como un testimonio de la relación primordial con la madre en el nivel oral, donde la figura paterna se encuentra completamente eclipsada. El análisis permitirá situar a la secuencia entre atracones y vómitos como una alternancia repetitiva entre *acting out* y pasaje al acto, desencadenada por episodios donde el sujeto queda sin recursos simbólicos para frenar la devoración del Otro materno. Los atracones funcionan como intentos fallidos de hacerse un lugar, agujereando al Otro omnipotente que le deniega el acceso al alimento. Pero la intención hostil retorna sobre el cuerpo, y la contraparte será el vómito como estrategia aliviadora. El intento de expulsar el goce materno hace que sea el sujeto mismo quien cae de la escena en calidad de desecho, solamente para retornar a la devoración de la demanda materna. El complejo sintomático bulímico-anoréxico, es situado por Diana como una solución para soportar su obediencia a la demanda del Otro y la ambivalencia anal que le produce. Se manifiesta anclada a una posición en la que le resulta imposible interponer un no al requerimiento del Otro, pues no tolera las manifestaciones de falta en dicho lugar. Ofrecerse como objeto dado en sacrificio, es localizado por Diana en sus dichos como una necesidad de autocastigo, en principio incommovible. Aun sin padre.

La fantasía homicida, respecto de la mujer del padre, destaca en su discurso como uno de los puntos más problemáticos. La hostilidad es tal que Diana fantasea que solo muerta podría escapar a su influjo. En realidad, lo que se revela allí es el modo en que en el lugar del Otro materno, Diana ubica una figura absoluta, que, lejos de presentarse en falta, le retorna como una imagen completa y aplastante. Evidentemente, la ausencia de la mediación paterna, conlleva para ella una particular dificultad para sancionar la castración del Otro.

5. En “El sepultamiento del complejo de Edipo”, Freud deduce que un niño viene, de entrada, inscripto en el deseo de la madre como un sustituto fálico de su falta. Si la maternidad no es más que el deslizamiento por una ecuación simbólica del pene ausente, al hijo reconstitutivo de la falta, el lugar originario del sujeto en el complejo remite a la aceptación y a la complicidad de identificarse, al objeto que colma la falta materna.

Sin duda, Freud afirma que el reconocimiento de la castración materna es el punto más delicado a franquear en la constitución subjetiva, no tanto refiriéndose al órgano fálico ausente, sino porque es el sujeto mismo quien se ubica, en principio, como garante de la completud materna<sup>5</sup>. Diana se posiciona como el objeto que sostiene la completud del Otro, sea bajo la forma de la dócil obediencia a las demandas de la madre —lo cual mantiene a su personaje sin falla, sin fisura y sin culpa— o, bien, del cumplimiento del augurio superyoico de fracaso en el deseo signado por el padre o, mejor aún, a través de la reivindicación hostil del lugar que le es denegado por la madrastra, cuya consecuencia no es más que una invitación al pasaje al acto: desechada de la escena en calidad de objeto sacrificial. El punto infranqueable es el de haber entrado en el deseo materno a título de un falo que la colma.



## UNA TEORÍA INCONCLUSA: LOS INTERROGANTES FREUDIANOS SOBRE EL ORIGEN Y EL SEPULTAMIENTO DEL COMPLEJO DE ÉDIPO FEMENINO

En “El sepultamiento del complejo de Edipo” Freud erige al complejo de Edipo como el núcleo de las neurosis, dándole el estatuto universal de un pasaje fundante en la constitución del sujeto. Su reducción a la novela del enamoramiento por la madre y la competencia hostil con respecto al padre, no encubre el carácter estructural del proceso, el cual tiene que ver con la interdicción del crimen representado por dos deseos originarios: incesto y parricidio. Tal y como se desprende de lo establecido en “Psicología de las masas y análisis del yo”, cualquiera sea el sexo anatómico del sujeto, el complejo viene preparado, de entrada, por una identificación primordial al padre, desde la cual se establece la investidura libidinal a la madre<sup>6</sup>. Sin embargo, el esquema corresponde en todos los puntos al Edipo masculino, cuya resolución no representa mayor complejidad en la teoría freudiana.

En efecto, el drama edípico del varoncito se produce en el marco de la fase fálica, donde la amenaza de castración opera como el motivo contundente para resignar las investiduras de objeto, dejando como heredero al superyó, cuyo núcleo es la identificación con la autoridad del padre. Es notorio que el sepultamiento del Edipo se establece desde el narcisismo del órgano fálico e implica una desautorización de la feminidad, lo cual introduce el interrogante acerca de la constitución del sujeto femenino.

Freud afirma que el atravesamiento edípico de la niña es más enigmático y resistente a la investigación analítica. El primero de los escollos que encuentra es que la niña debe ejecutar un cambio del objeto originario, que es la madre, para dirigirse al padre; un viraje cuyas motivaciones no son del todo claras. El segundo, es que la castración para ella es un hecho dado —una premisa que en modo alguno es equiparable a la amenaza que representa para el varón— y, por ende, no existe un motivo contundente para sepultar el Edipo, ni para incorporar la herencia del superyó. El tercero, es que la niña debe transitar un enigmático pasaje de la sexualidad del clítoris —sustituto del pene— a la erogenización de la vagina.

Freud propone que la premisa de la castración deja a la niña presa de la denominada “envidia del pene”, ubicada como el factor central y orientador de la entrada en el complejo de Edipo con el padre y de sus posibles resoluciones. Eventualmente el extrañamiento respecto de la madre hace que la niña se dirija al padre en la búsqueda del pene, y el complejo consistirá en albergar el deseo de darle un hijo, deslizándose por una ecuación simbólica, del pene al hijo. Dado que la niña no tiene ya nada para perder, el sepultamiento del complejo se consumaría a través de múltiples frustraciones



6. La identificación primordial con el padre es presentada como la más temprana forma de ligazón afectiva, un *querer ser* a imagen y semejanza del padre, el cual preexiste a la investidura libidinal dirigida a la madre y, a su vez, es el fundamento arcaico del superyó. Puede leerse como un anticipo a la formulación lacaniana del Nombre-del-Padre.

respecto del padre, hasta sustituirlo por otro hombre. El resultado de este doloroso proceso es para Freud un superyó débil, es decir, una moral más lábil y menos consistente e implacable que la del varón.

Se advierte aquí una serie de cuestiones problemáticas. La primera es destacada por Freud en “Sobre la sexualidad femenina”, donde plantea que si bien la madre es el primer objeto de amor para ambos sexos, la relación con el mismo es cualitativamente distinta: en el varón es fundamentalmente tierna, mientras que en la niña es tempranamente ambivalente y fácilmente mudable a lo hostil. Constatar que la niña permanece estancada en esa ligazón-madre por lapsos inusualmente prolongados, al punto de no producir nunca una vuelta cabal hacia el varón, conduce a Freud a concluir: “Hemos resignado toda expectativa de hallar un paralelismo uniforme entre el desarrollo sexual masculino y el femenino”<sup>7</sup>.

La segunda cuestión remite a la constitución misma del Edipo femenino. Tal como lo plantea Freud, “por el influjo de la envidia del pene la niña es expulsada de la ligazón madre y desemboca en la situación edípica como en un puerto”<sup>8</sup>. Es evidente que en el vínculo con el padre hay una salida al problema del estrago materno, un puerto donde anclar. Aun así, Freud se percató de la endeblez y la insuficiencia de la solución que la respuesta del padre provee en la constitución del sujeto femenino. El deslizamiento por la ecuación simbólica pene = hijo, tramitada a través del padre, no es otra cosa que una salida por la maternidad, denominada *feminidad normal*, donde la mujer queda condenada a una situación edípica irresuelta, a un amor ilimitado al padre, sin motivo para irse a pique.

Ahora bien, la tercera cuestión, particularmente problemática, es la afirmación de un superyó femenino débil, lógicamente postulable a partir de las premisas teóricas, pero difícilmente sustentable desde la observación clínica. Esta contradicción no escapó tampoco a Freud, quien afirma que:

[...] el amor a la madre deviene el portavoz de todas las aspiraciones que, cumpliendo el papel de una ‘conciencia moral’, quieren hacer que la muchacha se vuelva atrás en su primer paso por el camino nuevo, peligroso en muchos sentidos, hacia la satisfacción sexual normal, y aún logra perturbar la relación con el hombre.<sup>9</sup>

En este sentido, resulta plausible afirmar que, en modo alguno, la moral femenina es débil o permisiva. Justamente, al provenir del vínculo primitivo con la madre, la conciencia moral se muestra despótica y se caracteriza por un sadismo de especial severidad, el cual consigue perturbar incluso el pasaje al Edipo propiamente femenino o, bien, la relación con un *partenaire* masculino.

7. Sigmund Freud, “Sobre la sexualidad femenina” (1931), en *Obras completas*, vol. XXI (Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79), 228.

8. *Ibíd.*, 120.

9. Sigmund Freud, “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica” (1915), en *Obras completas*, vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79), 267.

La viñeta clínica presentada es una clara demostración de esta argumentación. Es evidente que la posición subjetiva de Diana está profundamente atravesada por la relación arcaica con la madre, en donde dominan la escena experiencias concernientes al desamparo y al abandono. Claramente, la hostilidad de la cual ella preserva a la madre, se juega, en cambio, en el complejo vínculo con la madrastra, quien viene a subrogarla. Estancada en estas relaciones que piden de ella el todo sin admitir un no como respuesta. El padre, lejos de erigirse como un puerto para anclar, se amalgama con la vociferación materna que le augura el fracaso y la imposibilita para recorrer caminos nuevos acordes con el deseo. La consecuencia es el sostenimiento inmutable de la relación ambivalente con el Otro primordial. No se produce, en modo alguno, el cambio de objeto que propone Freud para la constitución del Edipo femenino, y la consecuencia es contundente: el acceso a la sexualidad y la relación con el varón se ve profundamente perturbada, como si algo la empujase hacia atrás, de manera que su-Misión-es el retorno a la madre que la abandonó.

### **LA LIGAZÓN-MADRE COMO NÚCLEO SINTOMÁTICO EN LA NEUROSIS FEMENINA, Y EL ENIGMA DE LA FEMINIDAD, MÁS ALLÁ DEL COMPLEJO DE ÉDIPLO**

El encuentro con las complejidades del Edipo femenino remite a Freud al descubrimiento de una fase preedípica en la niña, caracterizada en “Sobre la sexualidad femenina” como una ligazón-madre hiperintensa, fuente de todas las regresiones y fijaciones a las cuales se reconduce la génesis de la neurosis femenina. Se ve obligado, entonces, a afirmar que en este terreno el Edipo pierde su estatuto universal como el complejo nuclear de las neurosis. Surge así un objeto de investigación oscuro: “En este ámbito de la primera ligazón-madre todo me parece tan difícil de asir analíticamente, tan antiguo, vagaroso, apenas reanimable, como si hubiera sucumbido a una represión particularmente despiadada”<sup>10</sup>. Freud atribuye su dificultad al hecho de ser un analista varón, con quien se reproduciría la ligazón-padre. Abre paso, entonces, a los dichos de analistas mujeres, pero en “La feminidad”<sup>11</sup> se encuentra con la sorpresa de que las mujeres son un enigma para sí mismas. Ello no le impide colegir que la fase de ligazón-madre tiene un nexo íntimo con la etiología de la histeria, pues no es casual que ambos fenómenos aludan a los caracteres de la feminidad.

Un observable clínico abre el debate: mujeres que han elegido a un hombre sobre el modelo edípico del padre, pero que, sin embargo, reproducen con este la misma mala relación que tenían con su madre, como si el *partenaire* amoroso heredase el vínculo-madre en lugar del vínculo-padre que se construyó sobre él. Intentando explicar este fenómeno, Freud afirma que toda ligazón intensa con el padre está



10. Freud, “Sobre la sexualidad femenina”, 228.

11. Sigmund Freud, “Conferencia 33. La feminidad” (1932), en *Obras completas*, vol. XXI (Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79).

precedida de otra con la madre, de igual intensidad y apasionamiento. Puede decirse, entonces, que el amor al padre no es más que un recurso que eclipsa el núcleo de la neurosis femenina, ubicado en la relación primordial con la madre, lo cual explica la tendencia al retorno al Otro materno a partir de las desilusiones con el padre o con el *partenaire* amoroso masculino.

Es notable el esfuerzo freudiano por dar cuenta de los motivos por los cuales la ligazón-madre se tiñe de ambivalencia y, eventualmente, se va a pique. Orientado por la pregunta acerca de la naturaleza de la demanda que pone la niña en la madre, encuentra que, incluso, la fantasía de seducción por el padre, puesta en escena en sus primeros encuentros con la etiología de la histeria, encubre el hecho de que en realidad la gran seductora originaria es la madre, quien, efectivamente, despertó en el cuerpo de la niña sensaciones genitales a través de su cuidado y, en última instancia, fue quien alimentó la fantasía del padre como seductor. La seducción materna acompaña a las fantasías que orientan la actividad onanista temprana en la niña, y se muestra también en el juego con muñecas, el cual ilustra una identificación primitiva al Otro materno que quizás “atestigüe el carácter exclusivo de la ligazón con la madre, con total prescindencia del objeto padre”<sup>12</sup>.

La ubicación del fundamento de la neurosis histérica en la relación de exclusividad con la madre que prescinde totalmente de la figura paterna, es un descubrimiento que Freud equipara al de la cultura minoico-micénica tras la Grecia antigua. La referencia es en extremo pertinente, pues las excavaciones que dieron lugar a dicho hallazgo, encontraron el mundo descrito en las epopeyas de Homero, donde habría surgido la leyenda del Minotauro —una criatura monstruosa con cuerpo de hombre y cabeza de toro, encerrada en un laberinto y alimentada de carne humana, dada en ofrenda—. Justamente, uno de los hechos clínicos constatados por Freud como evidencia de la ligazón-madre, es la angustia de ser asesinada o devorada por ella, justificadora del deseo matricida. Al decir de Freud: “no sabemos indicar cuán a menudo esta angustia frente a la madre se apuntala en una hostilidad inconsciente de la madre misma, colegida por la niña”<sup>13</sup>, y es que mientras que el varón cuenta con el recurso al padre para tramitar la hostilidad, conservando a la madre como seductora, en la niña la hostilidad se juega respecto del mismo objeto seductor.

El panorama planteado parece aludir justamente a un laberinto sin salida —o al menos sin una lo suficientemente satisfactoria— en la relación madre-hija. En el caso de Diana, este factor es central: la hostilidad colegida originariamente en el Otro materno y transferida posteriormente a la madrastra, inaugura un juego imaginario que desemboca en fantasías de asesinato, único lugar al que puede conducir la lucha a muerte por puro prestigio cuando falta la mediación simbólica. Evidentemente, se trata

12. Freud, “Sobre la sexualidad femenina”, 238. En este contexto, Freud se da a la tarea de esclarecer el juego de las niñas con muñecas siguiendo lo postulado en “Más allá del principio de placer”, a saber, que el juego infantil posibilita al niño apoderarse de experiencias traumáticas que vivencia pasivamente, asumiendo un rol activo en el ejercicio de las mismas. En efecto, Freud encuentra que si bien se suele tomar al juego con muñecas como un signo del despertar temprano de la feminidad, en realidad este no ilustra otra cosa que los deseos activos sobre la madre, donde la niña juega a ser madre de sí misma.

13. *Ibíd.*, 239.

de una relación exclusiva con el Otro materno, que en un primer momento prescinde por completo de la referencia al padre.

Ahora bien, Freud se pregunta por aquello que haría eficaz al extrañamiento del objeto-madre, amado con intensidad y exclusividad, y encuentra que el mismo se produce solamente bajo el signo de la hostilidad y el odio de la niña. Para dar cuenta de este fenómeno ensaya diversas hipótesis, entre las cuales se cuenta el reproche por la frustración oral —que la madre la habría nutrido de manera insuficiente—, los celos —el no haber cumplido con sus expectativas al obligarla a compartir con otros el amor materno—, la rebelión por su arbitrariedad —primero la habría incitado al quehacer sexual para después prohibírselo implacablemente—. Todos estos motivos son constatables clínicamente en el reproche de la hija dirigido a la madre. Diana acusa a la madrastra de denegarle el acceso al alimento, de tener preferencias para con sus hermanos y de censurar sus actividades de elección.

No obstante lo anterior, estos motivos le resultan insuficientes a Freud. Ensayo, entonces, la idea de que la ligazón-madre debe culminar justamente por ser la primera y por su intensidad; ello haría que fácilmente sucumba a la decepción y al odio. De cualquier modo, considera que el más intenso motivo de extrañamiento de la niña respecto de la madre —y lo específico del mismo— reside en el complejo de castración, esto es, el reproche de no haberla dotado del genital correcto: “la muchacha hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona este perjuicio”<sup>14</sup>. En esta línea, afirma que “las mujeres se consideran dañadas en la infancia, cercenadas de un pedazo y humilladas sin su culpa; y el encono de tantas hijas contra su madre tiene por raíz última el reproche de haberlas traído al mundo como mujeres y no como varones”<sup>15</sup>.

Surge de nuevo la desautorización de la feminidad como factor constitutivo: en el varón lleva al sepultamiento del Edipo, y en la niña, provoca el extrañamiento respecto de la madre. Es esto lo que Freud postula en “Análisis terminable e interminable” como un límite a la eficacia terapéutica, la cual penetra todos los estratos psicológicos hasta encontrarse con una “roca de base”, que remite para ambos sexos al complejo de castración y el rechazo de lo femenino, levantando resistencias que eventualmente conducen a la interrupción de la cura. El rechazo del Otro sexo, se revela, entonces, como el punto culminante tanto de los análisis como de la teoría freudiana, y deja irresuelto el enigma de la sexualidad femenina.

Se trata de una temática persistente tanto en la observación clínica como en la elaboración teórica de Freud. En “Sobre las teorías sexuales infantiles” encuentra que toda la investigación sexual infantil tiene como destino el fracaso debido al desconocimiento de la vagina. En “¿Pueden los legos ejercer el análisis?” afirma que, para ambos sexos, el interés recae sobre el genital masculino, por lo cual es poco



14. Freud, “Conferencia 33. La feminidad”, 115.

15. Sigmund Freud, “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico” (1916), en *Obras completas*, vol. xiv (Buenos Aires: Amorrortu, 1979), 322.

lo que se sabe de la sexualidad de la niña e, incluso, la sexualidad femenina adulta es para el psicoanálisis un *dark continent*. Resulta sumamente llamativo que Freud nombre el enigma femenino en otra lengua; evidencia su intuición de algo que es de otra naturaleza, que escapa a lo simbólico.

Conocida es la anécdota de acuerdo con la cual Freud habría confesado a Marie Bonaparte: “La gran pregunta que nunca ha obtenido respuesta y que hasta ahora no he sido capaz de contestar, a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina es esta ¿Qué desea una mujer?”<sup>16</sup>. En “La feminidad” delega la tarea de responder esa pregunta a la poesía, y afirma que el psicoanálisis “no pretende describir qué es la mujer —una tarea de solución casi imposible para él— sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer”<sup>17</sup>.

Resulta curioso que la pregunta por el deseo femenino persista, aun cuando todas las salidas que propone Freud al Edipo femenino apuntan a plantear que el deseo en la niña no sería otra cosa que un deseo de falo. Ninguna de las salidas propuestas permite formular algo que sea singular y específico de la sexualidad femenina: el sentimiento de inferioridad —fundamento de los celos— implica la ubicación del signo de amor como sustituto fálico; la neurosis, en cuanto inhibición sexual, consiste en anesthesiarse frente al convencimiento de la ausencia del órgano; el complejo de masculinidad implica una reivindicación fálica que desmiente la castración; y, por último, la maternidad, postulada como la feminidad normal, no es más que el encuentro de un sustituto simbólico al pene. Se advierte que todas estas salidas están orientadas por la *envidia del pene*, son de naturaleza fálica y resultan insuficientes para situar la especificidad del deseo femenino.

Es lícito plantear que Freud intuye la insuficiencia de la respuesta fálica. Aun cuando la niña encuentre dicha respuesta en el padre, la salida del complejo no hace más que reforzar la identificación con la madre. En “Psicología de las masas”, Freud alude al hecho de que las investiduras libidinales de objeto son resignadas incorporándolo en el yo; esta forma de identificación por conciencia de culpa explica el hecho de que muchas mujeres reciban de su madre un síntoma: “Has querido ser tu madre, ahora lo eres en tu sufrimiento”<sup>18</sup>.

16. Ernest Jones, *Vida y obra de Sigmund Freud*, vol. II (Buenos Aires: Nova, 1962), 439.

17. Freud, “Conferencia 33. La feminidad” (1932), 108.

18. Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), en *Obras completas*, vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79), 100.

### **LACAN Y LA METÁFORA PATERNA: UNA RESPUESTA AL ESTRAGO MATERNO**

Lejos se encuentra el panorama clínico descrito de la formulación freudiana de un superyó femenino débil. Si se afirma con Lacan que el superyó no es otra cosa que el imperativo de goce, es preciso reconocer en la relación madre-hija la fuente de un superyó de especial severidad, cuyo despliegue irrestricto conduce al sujeto a lo peor.

El padecimiento más pertinaz en la neurosis femenina no remite a la herencia del complejo de Edipo, sino a su fundamento mismo, ubicado en la relación prehistórica con el Otro materno, teñida de una intensa ambivalencia de sentimientos y portadora de una conciencia moral severa.

En este sentido, en su seminario “Las formaciones del inconsciente”, Lacan acude a la formulación de Melanie Klein acerca de un *superyó materno* más exigente y devastador, más arcaico que el superyó paterno clásico del final del Edipo<sup>19</sup>. Este superyó se formula en la articulación significativa en sus formas más primitivas, como el mandamiento autónomo de la Ley de la palabra que representa el Deseo-de-la-Madre en la constitución del sujeto. En efecto, la dependencia del Otro primordial, soporte de las primeras demandas articuladas en el lenguaje, deja al sujeto presa de un imperativo absoluto e insensato, dado que de allí proviene toda la ley de la significación. Se trata de una forma del superyó a cuyo comando se puede retornar en momentos en los cuales la referencia paterna se revela incapaz de sostener el espacio del deseo. Con este marco, se introducen las formulaciones de Lacan en torno a las incidencias del Deseo-de-la-Madre en la subjetividad.

En su retorno a Freud, Lacan reivindica el lugar del padre en la teoría y en la clínica psicoanalítica, desglosándolo en tres aristas, correspondientes a los registros imaginario, simbólico y real. Teniendo presente la voracidad que representa la relación arcaica con el deseo materno, Lacan ubica a la operación simbólica del padre como una salida de la encrucijada. Es así como arriba a la conceptualización de la metáfora paterna como la operación estructural sincrónica del significante del Nombre-del-Padre, y a su despliegue o puesta en forma diacrónica en la secuencia lógica de los tiempos del Edipo.

En su seminario “La relación de objeto”, Lacan afirma que el primer significante introducido en la simbolización es el Deseo-de-la-Madre, alusivo a una madre simbólica que con su ir y venir se erige como omnipotente, suscitando en el niño el enigma de su deseo y la esclavitud al mismo. La madre encarna la función de un Otro primordial, portador de lo simbólico, del tesoro de los significantes y de la Ley de la significación. Lacan ubica entonces a la metáfora paterna como una operación que consiste en la sustitución del Deseo-de-la-Madre por el significante del Nombre-del-Padre. El significante paterno introduce una ley más allá de la madre y posibilita al niño el acceso a la significación fálica como un recurso para separarse del enigma del deseo materno. En “Posición del inconsciente”, planteará, entonces, que la metáfora paterna es el principio de separación: a través de su operación se constituye un sujeto en falta, deseante y sexuado.

19. El encuentro con la angustia y los sentimientos de culpa tempranos conduce a Melanie Klein a situar un superyó precoz de surgimiento anterior a lo planteado por Freud, y para ello termina desvinculando su emergencia del sepultamiento del complejo de Edipo. Tal y como lo expone en trabajos como *Simposium sobre análisis infantil y Estadios tempranos del conflicto edípico*, el sadismo del niño genera fantasías de destrucción de los objetos y debido al temor a la retaliación, termina introyectando las imagos de estos objetos persecutorios, conformándose, así, el núcleo del superyó. Su teoría postula, además, la existencia de una temprana *fase femenina*, caracterizada por una identificación precoz con la madre, acompañada de tendencias a robar y destruir el interior del cuerpo de la misma, en el cual el niño fantasea se encuentran los objetos de satisfacción. A consecuencia de estos ataques, se generan temores persecutorios a la venganza por parte del objeto, miedos a que su propio cuerpo sea mutilado. Así, pues, la imago amenazante del objeto se introyecta y conforma el núcleo de un *superyó materno* terrorífico y despótico.

La operación estructural del significante paterno posibilita el despliegue diacrónico de los tres tiempos lógicos del complejo de Edipo. El primero concierne a un momento en donde el padre ya ha operado como símbolo, pero su presencia está velada, de modo que el niño se enfrenta al enigma del Deseo-de-la-Madre haciendo un tratamiento imaginario del mismo. Esto quiere decir que, a modo de señuelo, el niño se identifica con aquello que completaría a la madre —a saber, el falo imaginario— y a su vez, ella lo toma como el objeto que la colma. Este doble espejismo sella un pacto por el cual el niño se hace súbdito de la ley materna, una ley que al decir de Lacan es incontrolada y caprichosa.

En este sentido, en su seminario “El reverso del psicoanálisis”, Lacan advierte que: [...] el deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre. Entonces traté de explicar que había algo tranquilizador. Les digo cosas simples, improviso, debo decirlo. Hay un palo, de piedra por supuesto, que está ahí, en potencia, en la boca, y eso la contiene, la traba. Es lo que se llama el falo. Es el palo que te protege si, de repente eso se cierra.<sup>20</sup>

La problemática del estrago materno concierne entonces a todo sujeto que haya sido alojado en el deseo de una madre, debido a que, estructuralmente, hay un punto excesivo en el mismo. El padre, por su parte, es erigido como aquello que frena la voracidad del deseo materno y el estrago concomitante.

Se abre paso así a la postulación del segundo tiempo del Edipo, donde se pone en escena en el discurso materno una dimensión más allá de ella, una ley que la determina y que quiebra su omnipotencia. Se despliega, entonces, la operación del padre imaginario, cuya función es privar en lo real a la madre de un elemento, ya no imaginario sino simbólico, del cual él es portador, a saber: el falo. Es fundamental que el niño pueda situar la privación de la madre para que el padre real pueda intervenir castrándolo simbólicamente de ser el falo imaginario que la colma. En esta dialéctica, el padre enuncia una prohibición, un “no” que el niño recibe como un mensaje doble sobre el discurso de la madre: para el niño es la interdicción del incesto “no te acostarás con tu madre”, mientras que para la madre toma la forma de un “no reintegrarás tu producto”, poniendo un límite al descontrol irrestricto de la devoración materna. El no del padre recae sobre las consecuencias devastadoras del estrago.

Ahora bien, en un tercer tiempo se constituye un viraje en la versión del padre, cuyo mensaje ya no está mediado por la madre, sino que ahora es directo sobre el sujeto. Este padre es permisivo por cuanto invita a la exogamia, y es dador de los

20. Jacques Lacan, *El Seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis (1969-1970)* (Buenos Aires: Paidós, 1992), 118.



títulos de la potencia viril, frente a los cuales el sujeto puede posicionarse desde el tener o desde el no tener<sup>21</sup>. Lo importante a resaltar es que el acceso a la posición sexualizada depende en gran medida de un hito en la constitución del sujeto: el quiebre de la omnipotencia es tragante del deseo materno a partir del tope del significante paterno, cuya función es metaforizarlo, dejando el artificio de la significación fálica como referente para la sexuación.

Sin duda, es esta operatoria la que se pone en juego a partir de la intervención del analista en el caso de Diana, en donde se produce un pasaje del estrago materno a la constitución del síntoma analítico. Continúo con el recorte de un segundo momento del caso:

Tras mi contundente prohibición acerca del cierre del local, Diana acude a la siguiente sesión radiante. Sorprendida por su movilización, confiesa que al culminar la sesión anterior se sintió muy enojada conmigo y pensó: “pero si él no vive en mi casa, ¿cómo se atreve a decir que no trato lo suficiente?”. Inmediatamente después comprendió que su problema no es lo que el padre y su mujer le dicen, sino el modo en que ella lo escucha. Se dio cuenta de que efectivamente no trata lo suficiente, y el enojo para conmigo mudó al desagrado de rectificarse a sí misma.

Decidió no interrumpir sus estudios y sobre todo, no cerrar el local. Respetando los horarios concretó numerosas ventas que solventaron el déficit del negocio en apenas unos días. Todos aquellos otros que le aconsejaban abandonarlo, ahora la felicitaban por no hacerlo. Frente a ello le surge un interrogante sobre su necesidad de hacerse daño, y al no encontrar respuesta, decide dejar de comer en exceso y de vomitar, en principio apoyada por una botella de agua, por si vienen las ganas, o las náuseas. Paralelamente, empieza a estudiar intensamente para sus exámenes en la facultad.

Se da cuenta, entonces, de que lo que buscaba era que alguien le pusiera un límite, que se le interpusiera un “no” a su fracaso. Desde allí consigue rescatar otra versión del padre, ya no como alguien que la abandona a su suerte, sino como alguien que confía en sus decisiones y en su independencia, cosa que más de una vez le había manifestado verbalmente. Al mismo tiempo, la mujer del padre pasa de ser una figura terrorífica, a convertirse en “una pobre mujer” que busca competir con ella por sentirse insatisfecha en su unión matrimonial. La sintomatología bulímica desaparece abruptamente junto con los impulsos homicidas, los ataques de pánico y toda una serie de fenómenos que Diana reportaba padecer en sus primeras entrevistas, y que imponían una seria reserva diagnóstica.



21. En “La significación del falo”, Lacan encuentra que la “impostura masculina” consiste en tener el significante fálico, hacerse portador del símbolo renunciando a serlo, mientras que la “mascarada femenina” es un intento narcisista de ser el falo, habiendo subjetivado el no tenerlo.

Los efectos terapéuticos se reconducen allí a la puesta en forma, a través de la prohibición del analista, de la operatoria del Nombre-del-Padre, significante inscripto en la estructura, pero eclipsado por la invasión gozosa del estrago materno. Dichos efectos no cierran el recorrido, sino que terminan abriendo una pregunta que sanciona la entrada en análisis. Diana se anoticia de su posición de estar siempre a la espera, como observadora: “¿cuándo voy a ser yo la protagonista de mi historia?”

Asocia el protagonismo al problema de ser mujer, y ello abre paso al despliegue del síntoma en su relación con los hombres y con su cuerpo. Terminará situando en sus elecciones de pareja a la figura de una tercera, Otra mujer, inadvertida para ella hasta entonces y que la llevará a preguntarse “¿Qué es ser una mujer?”

Cada tanto reaparecerá el personaje de la madre con demandas superyoicas que conmueven parcialmente su construcción fantasmática, empujándola a retornar al origen y a preguntarse si siendo la mujer que es, sería capaz de despertar el deseo de un hombre. A su vez, insiste cierta tendencia a reproducir la situación hostil con la mujer del padre, aunque de un modo mucho más atemperado. El recorrido del análisis, eventualmente, la llevará a ubicar el reproche en su lugar y en una ocasión, al denegarse a responder a una demanda materna, ante las autolamentaciones de esta, le contestará “Tenés razón, sos la peor mamá”. Frase separadora que la llevará, finalmente, a mudarse de casa paterna, declarando su independencia.

### **LA BÚSQUEDA DE LA RESPUESTA AL SER FEMENINO EN EL ESTRAGO, Y LA FORCLUSIÓN DEL SIGNIFICANTE DE LA MUJER**

Ya en su primera referencia al problema del estrago, Lacan ubica que se trata de algo que ocurre más allá del palo que pone freno al deseo materno. Afirmar que nunca se sabe qué puede ocurrir para que la boca del cocodrilo se cierre caprichosamente, implica concebir una insuficiencia del falo como respuesta. Es cierto que allí el estrago materno es concebido como estructural, independiente de la posición sexuada, pero, Lacan afirmaba, tempranamente, que “las madres tienen un carácter mortífero y muy especialmente en las relaciones madre-hija”<sup>22</sup>. El argumento continúa en “El atolondradicho”, donde expone su última referencia al problema del estrago:

[...] la elucubración freudiana del complejo de Edipo, que hace de la mujer pez en el agua, por ser la castración en ella inicial (Freud dixit), contrasta dolorosamente con el hecho del estrago que en la mujer, en la mayoría, es la relación con la madre, de la

22. Jacques Lacan, “Intervenciones en la Sociedad Psicoanalítica de París” (1948), en *Intervenciones y textos 1* (Buenos Aires: Manantial, 1988), 22.

cual parece esperar como mujer más sustancia que de su padre —lo que no va con su ser segundo en este estrago.<sup>23</sup>

Esta referencia alude a la constatación clínica de que aun cuando la mujer encuentra en el padre un referente consistente para construir la subsistencia de su feminidad, se empeña en buscar la respuesta al enigma de lo femenino o, incluso, la sustancia del ser femenino mismo en la relación primera con la madre. En su seminario “Las psicosis”, Lacan afirma que la pregunta histórica toma la forma de un interrogante por el Otro sexo, que tanto para el hombre como para la mujer no es otro que el sexo femenino. ¿Qué es ser mujer? Es la pregunta sin respuesta que orientará la articulación fantasma-síntoma en la histeria. La complejidad del estrago en la relación madre-hija es que, en muchos casos, pese a contar con el recurso al padre, la niña se empeña en buscar la respuesta al ser femenino en la madre. Paradójicamente, en cuanto mujer, la madre fue estragada primero y, por ende, lejos se encuentra de proveer una respuesta satisfactoria. De este modo se produce un circuito sin salida, transmitido como un sino trágico de madre a hija, de generación en generación.

De hecho, la pregunta no tiene una respuesta en el lenguaje. Freud alude al hecho psicológico de un desconocimiento de la vagina, a una sexuación en donde el falo es el organizador pulsional, y a un pasaje edípico cuyo orientador es la desautorización de la feminidad. De allí que considere que no es tarea del psicoanálisis responder al enigma de lo femenino, sino indagar en el modo en que se deviene mujer. Lacan, por su parte, reduplica la apuesta afirmando en su seminario “Aun” que “La mujer no existe”. Pretende dar cuenta, con esto, del hecho de que no hay una inscripción de lo femenino en el inconsciente, razón por la cual La mujer no es formulable en universal.

Algo de lo femenino escapa al significante, y por esto Lacan afirma que La mujer es no-toda respecto a la función fálica. Puede articularse al falo en lo simbólico, pero algo en ella se desdobla y establece relación con el vacío de significante, al cual eventualmente puede adscribirse su goce como un suplemento —no complementario— al goce fálico. Se trata de un goce no localizado e ilimitado, desde donde quizás puede comprenderse la alusión de Freud a la sexualidad femenina como un continente negro, y su intuición acerca de la necesidad de un cambio de zona rectora del clítoris a la vagina: sin duda, un atisbo de la deslocalización del goce femenino, el cual hace que la relación sexual no cese de no escribirse.

Ahora bien, si no hay respuesta a la pregunta que configura a la neurosis femenina por excelencia, se entiende entonces que la temática del estrago no es resoluble del todo con la referencia a la metáfora paterna como principio de separación. Tempranamente, en “Los complejos familiares en la formación del individuo”, Lacan



23. Jacques Lacan, “El atolondradicho” (1972), en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 489.

constata una declinación en la imago del padre como referente de la autoridad. Siguiendo esta línea, afirma que “la imago materna es mucho más castradora que la imago paterna [...] y cuando el padre es carente de una manera u otra (muerto, ausente, incluso ciego), se producen las neurosis más graves”<sup>24</sup>. El conflicto es de gran actualidad en la medida en que el orden simbólico en el que se constituye la subjetividad de la época, se apareja a un ocaso del padre simbólico, dejando como consecuencia que la problemática del estrago materno se presente en la clínica contemporánea con una pertinaz voracidad. Pese a esto, es preciso afirmar que la temática va más allá de las vicisitudes del padre.

Si bien la significación fálica posibilita un atisbo de respuesta al enigma del deseo materno, este último articula un vacío real en la estructura, una insondable falta de significante que no puede ser recubierta del todo por lo simbólico; es por esto que —a mi juicio— el estrago materno es un hecho de estructura, y no una excepción clínica. El padre muerto en Freud, o bien, el significante paterno aparejado a la significación fálica en Lacan, es insuficiente para dar cuenta de la totalidad del deseo femenino, y es porque más allá del padre, el significante del ser femenino está forcluido en la estructura misma. El padre bien puede ser portador de una respuesta, pero en sí mismo no estará nunca a la altura de su función, y de ello da cuenta la formación de síntoma.

¿Qué salida entonces al estrago materno? Y si el estrago materno se presenta con particular intensidad en la relación madre-hija, ¿cuál es el referente de lo femenino cuando la instancia simbólica del padre está desacreditada u opacada por el brillo devastador del Otro materno? No existe La mujer, pero sin duda alguna existen las mujeres, es decir, la solución que cada una inventa para hacer con ese punto de forclusión en la estructura. Allí donde lo femenino no cesa de no escribirse, el psicoanálisis abre la puerta a una invención singular.

## BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, SIGMUND. “Proyecto de psicología” (1895). En *Obras completas*, vol. I. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. “Tres ensayos de teoría sexual” (1905). En *Obras completas*, vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. “La interpretación de los sueños” (1900). En *Obras completas*, vols. IV y V. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. “Sobre las teorías sexuales infantiles” (1908). En *Obras completas*, vol. IX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. “Introducción del narcisismo” (1914). En *Obras completas*, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica” (1915). En *Obras completas*, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
24. Lacan, “Intervenciones en la Sociedad Psicoanalítica de París”, 21.

- FREUD, SIGMUND. "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico" (1916). En *Obras completas*, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. "Más allá del principio de placer" (1920). En *Obras completas*, vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. "Psicología de las masas y análisis del yo" (1921). En *Obras completas*, vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. "La organización genital infantil" (1923). En *Obras completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. "El sepultamiento del complejo de Edipo" (1924). En *Obras completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos" (1925). En *Obras completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. "¿Pueden los legos ejercer el análisis?" (1926). En *Obras completas*, vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. "Sobre la sexualidad femenina" (1931). En *Obras completas*, vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. "Conferencia 33. La feminidad" (1932). En *Obras completas*, vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- FREUD, SIGMUND. "Análisis terminable e interminable" (1937). En *Obras completas*, vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976-79.
- JONES, ERNEST. *Vida y obra de Sigmund Freud*, vol. II. Buenos Aires: Nova, 1962.
- KLEIN, MELANIE. "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928). En *Obras completas*, tomo I "Amor, culpa y reparación". Buenos Aires: Paidós, 1990.
- LACAN, JACQUES. "La significación del falo" (1958). En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1975.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 20. Aun* (1972-73). Buenos Aires: Paidós, 1981.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 3. Las psicosis* (1955-56). Buenos Aires: Paidós, 1984.
- LACAN, JACQUES. "Intervenciones en la Sociedad Psicoanalítica de París" (1933-1950). En *Intervenciones y textos 1*. Buenos Aires: Manantial, 1988.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis* (1969-70). Buenos Aires: Paidós, 1992.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 4. La relación de objeto* (1956-57). Buenos Aires: Paidós, 1994.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente* (1957-58). Buenos Aires: Paidós, 1999.
- LACAN, JACQUES. "Posición del inconsciente" (1964). En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- LACAN, JACQUES. "El atolondradicho" (1972). En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- LACAN, JACQUES. "Los complejos familiares en la formación del individuo" (1938). En *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- LACAN, JACQUES. *Seminario 6. El deseo y su interpretación* (1958-59). Inédito.
- MOLINER, MARÍA. *Diccionario de uso del español* (2009), 3.ª ed. Madrid: Gredos S. A. Versión DVD.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la Lengua Española*, vigésima segunda edición. Disponible en <http://www.rae.es>. 20/05/2012.



